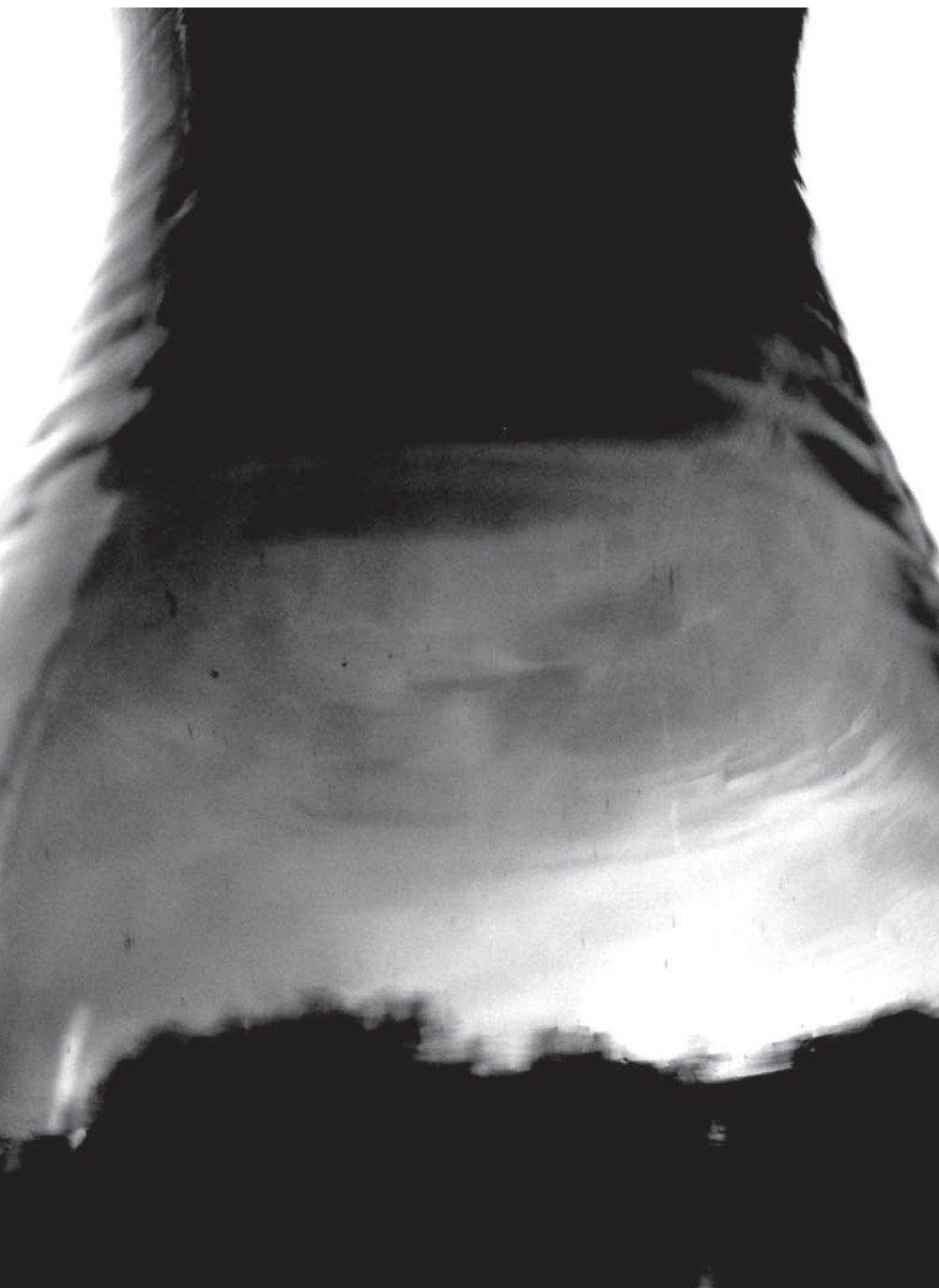


Luz Elena Luna Monart

El cuerpo de la mirada en la ciudad

I- A primera vista

A veces, al encuentro de ciertos rasgos en los cuerpos de las mujeres que pasan a mi lado, al transitar por la ciudad, veo que el cuerpo femenino es en la calle un cuerpo expuesto a las miradas, me atrevería a decir indefenso y temeroso al contacto físico, al roce con otro. Quizás esta sensación provenga de la intuición de que en la calle las mujeres son personas sin rostro. Allí se impone el cuerpo, su contoneo, su particular manera de desplazarse en el espacio público, su olor, sus curvas, la forma como se insinúa, escondido bajo el vestido que lo cubre. Allí ese cuerpo es cada vez menos palabra, pensamiento, sentimiento; reafirmando a través de la mirada, la concepción de belleza que se tenga como único capital reconocido en la mujer.



"A mí me gusta cuando un hombre me mira en la calle, y me dice un piropo bonito, me da rabia que me digan vulgaridades. Pero hay miradas de miradas, hay unas atrevidas, allí uno se siente vulnerado".

Su "rostro" es el cuerpo, el centro de seguridad y de placer.

Mientras que ese otro masculino pareciera ser sólo mirada, en algunos casos atrevida, en otros, seductora y halagadora, mirada como un arma que apunta, que desnuda e intimida. Ese otro convertido en enormes ojos que se posan sobre aquellos cuerpos, miradas que advierten su presencia y que lo construyen, tal vez como otra forma de hablar, de hacer palabra, como eso que se dice pero no se escucha.

¿Y la mirada femenina? ¿Podría hablarse de una mirada femenina? —me pregunto y me atrevo a contestar—: en algunos casos es por lo general una respuesta a la masculina que parece imponérsele en el espacio público a aquella otra expuesta y, por qué no, exhibida, no pocas veces en busca de reconocimiento y aprobación para sentir seguridad.

Pero no sólo la mirada femenina se detiene y se reafirma sobre la masculina, también lo hace sobre las otras mujeres, sobre los otros cuerpos que se contonean y que se desplazan en la calle. Las otras mujeres tan bellas, tan seductoras, tan seguras, tan miedosas como yo; las otras que son el referente de belleza, pero también, en muchos casos, una cómplice en la gran ciudad. Una igual a mí, un cuerpo expuesto y pensado para la mirada, para el goce de sí mismo y de los otros, según Freud: un sujeto de deseo construido a través de los otros, un sujeto insatisfecho en una búsqueda permanente.

Muchas de las capacidades personales parecen tener una apuesta en lo físico, dotando al cuerpo de múltiples atributos y reafirmando, desde ese lugar, la identidad personal. El cuerpo se convierte en el centro de las miradas, como la mercancía que se ofrece, que se expone, que se desea, incluso que se puede llegar a adorar. Tal vez una necesidad de ser reconocido, tal vez una necesidad de comprobar una certeza personal:

“(...) El individuo se designa como hombre capaz y podríamos agregar... que padece, para subrayar la vulnerabilidad de la condición humana. Las capacidades pueden observarse desde afuera, pero en lo fundamental se sienten y se viven desde la certeza. Esta última no es una creencia, considerada como un grado inferior del saber. Es una seguridad confiada, pariente del testimonio. Estoy hablando de comprobación: en efecto, esta es al ser lo que es el testimonio dado sobre un acontecimiento, un encuentro, un accidente”¹.

Todas estas miradas y las diferentes formas como los cuerpos habitan la ciudad son códigos que se construyen en el espacio público, en el intercambio social, una especie de relato construido a partir de gestos, voces y acentos. Mensajes remitidos a partir de rituales instaurados y compartidos: un saludo, un guiño, una mirada; acuerdos implícitos que hacen parte de nuestra vida en la ciudad y que nos permiten intuir cuando alguien nos acecha, cuando alguien nos mira para seducirnos o llanamente para ofendernos...

II- Paneo

*"La moda prescribe el ritual según el que el fetiche que es la mercancía quiere ser venerado. Grandville extiende esta pretensión a los objetos de uso cotidiano igual que al cosmos. Al perseguirlos hasta sus extremos, destapa su naturaleza. Esta consiste en su oposición a lo orgánico. Acopla el cuerpo vivo al mundo inorgánico. En lo vivo verifica los derechos del cadáver. Su nervio vital es el fetichismo que esta sometido al sex-appeal de lo inorgánico. El culto de la mercancía le pone a su servicio."*²

La proliferación y el auge de los grandes centros comerciales en la ciudad nos ponen de presente, entre otras, la forma en que las personas se conciben y se reconocen en su cuerpo y, sobre todo, cómo se construyen a partir de la aceptación del otro.

Es en esta búsqueda desesperada por encontrar la belleza donde más se consume: tratamientos de adelgazamiento, o bien ropa y accesorios que posibilitan "una mejor silueta" y una mejor apariencia

El centro comercial es el lugar construido para la exhibición en la ciudad. Allí no sólo se exhiben maniqués con vestidos, zapatos, bolsos y demás accesorios; maniqués que semejan personas y que terminan proponiendo y siendo un ideal de belleza ofrecido por el mercado de la moda; también allí se exhiben los cuerpos y con ellos - cual maniqués - todo lo que lo adorna.

El centro comercial representa un lugar seguro en la ciudad, un lugar donde es posible mostrarse sin el temor a ser presas de abuso físico o tal vez de un robo. Es el lugar perfecto para el disfrute de la mirada, para el goce de la contemplación.



Un lugar intermedio entre la calle y la casa, entre lo público y lo privado que podría asemejarse al ágora de los atenienses, pensado como un lugar para el ocio, donde *“el orden era impuesto por el comportamiento corporal (...). estimulaba las personas físicamente, al precio de privarles de una conversación coherente con los demás (...) convirtiendo al ciudadano en esclavo de la mirada”*³.

Igual que para los atenienses, el cuerpo domina la palabra y se expone a la mirada, nos volvemos anónimos en la gran ciudad, seres que pueden mostrarse como mejor les convenga. Afuera, lejos de casa, somos seres sin rostro, allí se emprende la lucha por el reconocimiento, por ser alguien, entonces se puede ser lo que se desee, podemos fantasear, crear un personaje, vestirnos con lo más atrevido, ponernos el collar más fino, los zapatos más excéntricos, en fin ponerse la máscara que más convenga, nunca nos sabemos. De pronto por eso se escucha decir: *“yo voy al centro comercial a pasear, me parecen lindos, me dan confianza en estos momentos en que la ciudad está tan insegura. Allí me puedo poner el reloj, las joyas, la cartera y en la calle no.”*

Y es que el cuerpo comunica, dialoga, habla de nosotros, del lugar al que pertenecemos, de lo que hacemos e incluso de lo que queremos ser, *el mapa - huella de la ciudad esta escrito en nuestro cuerpo y se transcribe frente a los otros, cuando nos preguntamos: “¿Quiénes somos cuando estamos en la calle? En ella no sólo somos peatones o transeúntes, también somos extranjeros, ladrones, putas, cristianos, madres, padres, maestros; en la calle somos lo que los otros leen en nuestro cuerpo (...) Cada vestido que seleccionamos, cada gesto, cada comportamiento es dirigido a los demás, nos permite algo a cambio, un reconocimiento, un lugar, una forma de ser vecino dentro del barrio, una forma de habitar.”*⁴

III- Pan-óptico

En cada época y ciudad se construyen rituales cotidianos, allí donde la gente se encuentra. Hasta hace poco, rituales como el de ir a misa, a la plaza de mercado o al parque, eran actividades de encuentro; ahora es a través de las prácticas de consumo como se teje la vida social: ir de compras al centro comercial, a comer o tomarse un café, prácticas que además del encuentro permiten el goce de la mirada y de ser admirado o admirada—a la manera de los palcos del teatro en otros tiempos—: mirar vitrinas, ropa y cuerpos como algo más, por el sólo placer de ver, de desviarse en el consumo. Consumo que también vende ideas, como la de la eterna juventud, de la belleza ideal, del miedo a la vejez, todas estas ideas tan ajenas a la muerte.

Y si de un ideal de belleza se trata, el cuerpo femenino es reducido a unos cánones de belleza artificiales que no tienen nada que ver con su naturaleza, lo que implica un costo alto, no sólo económico, sino también en otras dimensiones de su ser, a expensas de su autoestima en sus relaciones sociales. Es en esta búsqueda desesperada por encontrar la belleza donde más se consume: tratamientos de adelgazamiento o bien ropa y accesorios que posibilitan “una mejor silueta” y una mejor apariencia:

“Toda la vida he tenido un vicio, voy y me mido toda la ropa del almacén y no me compro nada, eso lo hago sola, de paseo, me gusta saber qué me queda bien y qué no.”

Esta situación de adoración de las mujeres por su cuerpo va en contraposición con el ritmo y las dinámicas de vida de la época, ya que el ideal de la calidad de vida está justamente en las comodidades del desplazamiento en auto, en el sedentarismo del trabajo en la oficina, frente al computador y, en general, en los modos de vida que implican poco movimiento y bajo esfuerzo físico. Lo que genera que muchas mujeres se sientan inconformes con su cuerpo y “los kilos de más” se conviertan en una de sus mayores preocupaciones ⁵.

“Cuando tuve a mi hijo nunca me imaginé que mi cuerpo cambiaría tanto, yo no me hallaba, no fue fácil aceptar ese cuerpo, hice dieta en la dieta, me fajé, ahí sí el cuerpo me empezó a importar. Una vez, aún de novia de mi esposo me dijo: Pílas, negra, que te está saliendo barriga, y esa frase me venía a la mente después de haber tenido a mi hijo y haber quedado con esa barriga. Cuando bajé me sentía más fresca, pero sentía que no podía estar con nadie más con ese cuerpo así.”

Época de lo instantáneo, de lo fugaz, de la velocidad que también se refleja en el cuerpo, este es el resultado de nuestros ritmos: si se piensa en adelgazar se piensa en hacerlo rápido, en algo que no implique mucho esfuerzo o un sacrificio muy prolongado: esa dieta que hizo la vecina, mi amiga, la que salió en la revista, en fin, un sinnúmero de fórmulas que se encuentran en la vivencia cotidiana y que no siempre tiene un aval científico que proteja la salud. Por el contrario, son procedimientos que suelen atentar contra ésta, pues ir al médico para adelgazar cambiando hábitos alimenticios y modos de vida implica un proceso largo en el que se puede desistir a mitad de camino.

“Toda la vida he peleado con la gordura. La última vez mi decisión fue adelgazar 20 kilos, hice la dieta de las reinas, la del atún y la piña. Recuerdo

que dije: Yo quiero adelgazar pero rápido. Hice la dieta por varias semanas, creo que la dieta cambia el metabolismo y llegué a pesar hasta 59 kilos, después de pesar 80. La dieta fue en el año 99 y hace dos años volví a hacerla porque me engorde dos kilos y entonces adelgace tres. Este año la hice en junio y bajé dos kilos más. Todo el mundo dice que por qué me adelgacé tanto [...] En este momento soy feliz, me sirve toda la ropa. Yo sé que hago mucho sacrificio y lo hago por mí. Cuando yo me adelgazo la autoestima se me sube mucho y si alguien me dice que sí que estoy flaca o que tengo cara cadavérica, yo me siento feliz.”

Cada vez parece más frecuente la sensación de no sentirse bien con su cuerpo, no aceptarlo y querer estar en otro, tal vez más delgado, con más caderas, menos piernas, muchos senos. Nada es suficiente...



IV - Vistazo a fémina-city

Y parece que eso mismo nos pasara con la ciudad. El cuerpo de la ciudad nos es ajeno, siempre deseamos otra, más segura, menos calurosa, con más parques, más autopistas, menos ruidosa, en fin... Un ideal que se asemeja mucho a esa relación de muchas mujeres de esta época con su cuerpo, un cuerpo que nunca se termina y con el que tal vez, nunca se estará conforme.

Y en ese cuerpo de la ciudad, el lugar seguro y de confianza son los fríos y artificiales centros comerciales, como para muchas mujeres el ideal de belleza son estereotipos que van contra la naturaleza femenina, un cuerpo hecho para exhibirse, un cuerpo perfectamente pensado, perfectamente acabado y delimitado, nada esta de más, nada sobra, como los centros comerciales perfectamente diseñados para ser usados.

El placer dentro de lo urbano ahora parece darlo la comodidad, evitar la fatiga y el cansancio, como una especie de ensimismamiento hacia nosotros mismos, volviéndonos ciudadanos pasivos y solitarios. Una forma de placer que nos evita el sufrimiento de estar en la ciudad, de sentir el otro de compadecerlo. Un cuerpo pasivo es un cuerpo que deja de ser cívico y que no reconoce al otro, ya que "sin experiencias significativas de autodesplazamiento, las diferencias sociales se refuerzan gradualmente porque el interés en el otro se apaga".⁶

El otro no existe por sí sólo, el otro existe en la medida en que aparece en función de nosotros. La velocidad y el individualismo hacen que la mirada se imponga sobre la palabra; instantes y momentos de placer o simpatía se hacen fugaces, pues es difícil entablar conversaciones con extraños. En la calle sólo existimos para nosotros mismos, para nuestro cuerpo y lo que se quiere que el otro lea en él. Nos hemos convertido en una gran vitrina que camina por las calles, mientras es admirada. 

*"(...) Los espacios urbanos cobran forma en buena medida a partir de la manera en que las personas experimentan su cuerpo. Para que las personas que viven en una ciudad multicultural se interesen por los demás, creo que tenemos que cambiar la forma en que percibimos nuestros cuerpos. No experimentaremos la diferencia de los demás mientras no reconozcamos las insuficiencias corporales que existen en nosotros mismos."*⁷

(1) Ricoeur, Paul "Volverse capaz, ser reconocido" Texto escrito con motivo de la recepción del Premio Kluge, otorgado por la Biblioteca del Congreso de Estado Unidos.

(2) Benjamin, Walter. *Poesía y capitalismo, Iluminaciones II*. España: Editorial Tauros, 1999.

(3) Sennet, Richard. *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 1997, 396.

(4) Fragmento de la Ponencia del grupo Estéticas Urbanas de Bellas Artes presentada en el Octavo Simposio *Pensar a Cali*.

(5) De Certeau, Michel, Giard Luce, Mayol Pierre, *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. Madrid: Ediciones Gillimard, 1994.

(6) Ídem.

(7) Sennet, Richard, op. cit., 396.